

El Padre Cucchetti que es presentado por el Dr. Rivarola trata el siguiente tema:

## **La Democracia Americana - La Democracia Europea**

(Lacordaire al ocupar el sillón de Tocqueville en la Academia de Francia).

Debo agradecer, señores, en primer lugar mi incorporación a la Academia y las generosas palabras del Dr. Rivarola.

Y en segundo lugar debo agradecerles por haberme designado para ocupar el sillón que simbólicamente considero haber sido el del ilustrísimo Monseñor Miguel de Andrea, luz de luz en las tinieblas que oscurecieron a nuestra Patria y a la Iglesia.

Son tantos los recuerdos y las experiencias de mi vida religiosa y ciudadana, que siento inclinarse suavemente mi cabeza como la espiga madura encorvada bajo el peso de su grano.

Recuerdos maravillosos y conmovedores de los tres grandes Pontífices que he conocido y con quienes he conversado. Pío XII, figura del Greco, esmirriada y ascética; el humanista, el Pontífice que consagrara a la Democracia, en la alocución de Navidad de 1944. Juan XXIII, el genio evangélico que transplantó su corazón a la humanidad, y quién, como en el sueño de Jerjes, pretendió encadenar el mar. Y ¿qué era el mar para su fe? Una gota de rocío. Paulo VI el Pontífice intelectual, tímido y audaz, el creador de un nuevo lenguaje de la Iglesia y de diálogos tan discutidos fuera y dentro de la Iglesia.

Luego el recuerdo de mis grandes maestros. El talentoso Monseñor Gustavo Franceschi, en cuya sobremesa, durante diez años, aprendí lo que no me habían enseñado los libros teológicos y filosóficos del Seminario. Al ya recordado Monseñor Miguel de Andrea, con quien nos eran tan espontáneos los sentimientos, como la luz natural del pensamiento.

Luego el recuerdo viviente de mis preclaros amigos, de diferentes tendencias políticas y de distintos credos, especialmente del Judaísmo. Pensadores, eruditos, artistas, médicos, abogados, poetas y escritores. Muchos de ellos confidentes espirituales en la hora suprema del crepúsculo y que ya viven la aurora que nace detrás de los verdes cipreses. Pero los más,

siguen compartiendo la vida en amenas tertulias de sobremesa, en las serenas alegrías o en las graves tristezas. Todo este bosque poblado de recuerdos, me impedía ver con claridad el árbol del bien y del mal, que también crece, sin duda alguna, en el paraíso olímpico de las Academias. Y recordando el sabio versículo del libro de los Proverbios: "que aquél que se aconseja de sí mismo se aconseja de un necio", dirigí mis pasos a uno de mis más predilectos amigos, estudioso, meditativo, sobrio. Al autor de Montaigne, Don Ricardo Saens Hayes. Vd. tiene en su biblioteca, me dijo, las obras completas de Lacordaire. Pues bien, lea su célebre discurso sobre la Democracia americana y la Democracia europea, pronunciado al ingresar en la Academia Francesa ocupando el sillón de Tocqueville. Allí encontrará un material espléndido, muy de acuerdo con su temperamento de sacerdote y sus ideas ciudadanas. Seguí su consejo, y en mi biblioteca, uno de tantos sepulcros de libros, tuve que resucitar el tomo y el tema. Y he de confesaros que mi tarea fue ardua y difícil. Aquellos académicos eran leones de la elocuencia. Y los leones suelen borrar sus huellas en la arena. La oratoria es un arte, y la elocuencia es un don. Los académicos como los parlamentarios y los eclesiásticos del Siglo XIX cultivaban la oratoria. Hoy en cambio los nuevos gustos académicos exigen degollarla ante el ara, y por desgracia aún ante el ara de los altares. Elocuencia que Eurípides llamaba: "la soberana de las almas". La religión en sus más inefables misterios; la filosofía en sus más elevados principios; el arte en sus secretos recónditos de luz y color, le dan la razón a esta soberanía de la elocuencia que confirma la Historia.

En profano, en arte, la palabra es el hombre. Sin embargo los cánones griegos enseñan que la actitud más estética y clásica del hombre es la actitud del hombre que recuerda y medita.

Evoquemos, pues, la escena académica de Lacordaire al ocupar el sillón de Tocqueville y meditemos sus comentarios sobre la Democracia Americana y la Democracia Europea. Pero antes de entrar en materia, permitidme una semblanza de Lacordaire, al estilo en que lo hiciera Montalembert en el Parlamento Francés. Me siento tan reflejado en su espíritu y en sus ideas liberales, como una gota de agua en el océano. Fue la suya la más grande alma liberal y cristiana del Siglo XIX. La ternura honda e irresistible de sus expansiones; su ardiente simpatía hacia todas las aspiraciones legítimas de su tiempo y de su patria. Su inteligente amor a la sociedad moderna; su invencible adhesión a los principios y conquistas del 89. Su exquisito respeto a la libertad de conciencia. Por la alteza e independencia de su criterio, por su generoso amor al hombre y su horror a las traiciones, de las que fuera testigo y víctima. Por su fe indomable en la alianza necesaria

y próxima de la religión y la libertad, como decía Montalembert, sabrán que aquel "liberal impenitente", como gustaba llamarse a sí mismo, fue a la vez un "cristiano penitente" y un discípulo amante de la corona de espinas de su Maestro. A Lacordaire la cúpula de San Pedro no le impidió contemplar con éxtasis los frisos del Partenón de Atenas.

Señores Académicos: los hombres pasan y las instituciones permanecen, pero pueden permanecer como sepulcros. El alma de esas instituciones son los hombres y los valores humanos que las constituyen. Existe una distinción fundamental entre teorías y valores. De un conjunto de teorías puede surgir una escuela, una filosofía, una estética. De una suma de valores en cambio una cultura, una nueva forma de vida. La nueva forma de pensar y sentir de Lacordaire brotaba del equilibrio entre el sentimiento religioso y la razón; entre el análisis y la supereminente ciencia del amor al prójimo. Entender las debidas proporciones de la mente y comprender los sentimientos humanos libera al hombre de la intolerancia y de la incomprensión. En la inteligencia de Lacordaire, cupo la inteligencia ajena. En su creencia, la fe de otras creencias. Su genio sentía y diferenciaba lo convencional de lo accesorio; de ahí su capacidad de renovación. Poseía una cualidad natural creadora, casi inconsciente, explicación de tantas y tan variadas actitudes personales; incomprensibles para quienes no poseían la clave de su maravilloso cristianismo. Su mérito consistió en descubrir que *a esa virgen salvaje llamada Democracia*, hacía falta bautizarla y presentarla al mundo, como si su conquista fuera la única aventura apasionada y gloriosa.

Francisco Guizót historiador de la vida parlamentaria de Francia y traductor de la historia de la revolución en Inglaterra, había escrito: Francia ha soportado desde hace siglos las más estrepitosas alternativas entre la anarquía y el despotismo entre sus ilusiones y los desengaños, pero jamás renunció por mucho tiempo al orden ni a la libertad, estos dos condiciones esenciales del honor y del bienestar de las naciones. Sostuvo en sus obras que por legítimo que fuera el poder real, no tenía derechos frente a las representaciones del pueblo. Cuando Lacordaire se hizo cargo del sillón de Tocqueville era Francisco Guizót Director de la Academia. Escuchemos como lo presentó: "No acostumbro a hablar de mi tiempo y de mis contemporáneos con admiración complaciente; por el contrario, me siento impulsado a denunciarles aquellos que les falta todavía, para llegar a sus grandes destinos. Pero hoy no puedo privarme del orgullo que brota en mi espíritu ante el espectáculo que ofrece la Academia a nuestros ojos. Estamos aquí, vos sacerdote, y yo Hugonote, testimonios vivos y felices testigos del sublime progreso que se ha operado entre nosotros, en la inteligencia, en el respeto de la justicia, de la conciencia del derecho y ¿por qué no? de las leyes divinas tanto tiempo

desconocidas y que regulan los deberes mutuos de los hombres regidos por las leyes.

Hace unos años erais vos una de las grandes esperanzas del Colegio de Abogados de París. Teníais en esa difícil carrera, arrebatos de imaginación, impulsos republicanos e instintos espirituales; pero que no colmaban vuestra ambición. Un hombre eminente, entonces vuestro guía y hoy nuestro colega en la Academia os aconsejó sabiamente: Tengo miedo de vuestra rica imaginación, de la ardiente temeridad de vuestros pensamientos y la exhuberancia de vuestro lenguaje. Comprometeréis vuestras grandes cualidades naturales en las luchas apasionadas del Colegio de Abogados. Tenéis necesidad de sufrir, de someter vuestra voluntad al yugo de una obediencia y vuestro espíritu y talento, a una autoridad indiscutible fuerte y severa. Ingresad al sacerdocio. Llegaréis a ser el más grande orador de Francia". Años después os escuchaba embobado en la Catedral de París bajo la bóveda de Notre Dame en medio de una muchedumbre, entre los sectores más selectos del pensamiento. El Arzobispo de París, acudía a escucharos junto a monárquicos y republicanos, a jacobinos y enciplodesitas y junto a intelectuales de todas las tendencias: Chateaubriand, Simón, Ozanán, Hugo, Lamartine. La Catedral, hecho insólito se conmovió más de una vez con la atronadora salva de aplausos. Es que en todas las carreras, la condición de los hombres destinados a influir poderosamente sobre sus semejantes, es el asombrarlos y perturbarlos, siendo motivo de dudas e inquietudes, al mismo tiempo que de admiración y entusiasmo. Para sacudir los espíritus es necesario ser sorprendente; pero para desarmar las inteligencias y los corazones, es necesario mostrarse a la vez igual a ellos y a su vez distinto de ellos, tratando con mano amorosa las heridas del alma. Y ante el dolor y la muerte, la elocuencia de Lacordaire se mostró tan bien regulada, tan digna, tan sobria y recatada, como había sido abundante y ardiente en las luchas cívicas en el mundo, contra las pasiones en favor de la Democracia o contra el olvido de Dios.

La Academia Francesa, agregaba Guizot, solo desea permanecer al margen de los gobiernos; si me permitís, aún al margen de la iglesia, aunque no del espíritu humanista que brota del Evangelio. Independiente y liberal, aspirando a la libertad bajo la ley. Vos lo habéis comprendido así, la honráis y la amáis. Sois verdaderamente un hombre de nuestro tiempo. Uno de los hijos de esta sociedad francesa, republicana y democrática. Y si las pruebas que habéis soportado por amarla y defenderla os han arrebatado algunas ilusiones, conserváis sin embargo vuestras más queridas esperanzas. Habéis aprendido a conocer las miserias y las grandezas de nuestra patria. Solamente así se la puede servir con patriotismo y con fe. Habéis actuado siempre con franca independencia. El fuego que purifica el oro, disuelve y descompone toda alea-

ción inferior No ignorabais ciertamente qué prejuicios, qué desconfianzas, qué pasiones contrarias encontraríais en vuestro sacerdocio. No os habéis estremecido, ni siquiera vacilado ante las perspectivas; y habéis respondido con vuestra fe y con vuestro carácter, confiando en que el porvenir confirmaría vuestros ideales. Como habéis escrito alguna vez: “la aurora es siempre una flor de la noche”.

Señoras y señores: Muchos creyeron ver en Lacordaire a uno de esos seres ardientes e impetuosos, dominados por su imaginación, incapaces de una conducta mesurada y previsora. Dos veces había sido llamado a justificar o a desmentir esas conjeturas; la primera ante la Iglesia, la Segunda ante el Estado; en ambas oportunidades tuvo que resolver la cuestión de saber, si era capaz de resistir, después de haberse entregado a la lucha o de detenerse al borde de la corriente. Resistió a sus hermanos en el sacerdocio; y defendió públicamente sus convicciones ante sus conciudadanos. Hermoso ejemplo de esa mezcla de simpatía e independencia, de ternura y valentía que dio encanto y poder a sus palabras. Rindió un brillante homenaje a la democracia moderna tal como estaba constituida y que hasta entonces gobernaba a los Estados Unidos de América; y al mismo tiempo expresó altamente sus justificados temores sobre el espíritu democrático tal como se manifestaba en Europa.

No deja de ser sorprendente y dignísima, la convergencia de ideas entre Lacordaire y Tocqueville. Ambos nacen en una misma atmósfera. Lacordaire vuelve sus miradas al pasado histórico, a la Francia de los siglos XII y XIII para encontrar su fe y al mismo tiempo mira a la naciente Democracia, para el porvenir de la Iglesia. Tocqueville, hijo del antiguo régimen, aristócrata por su origen y familia, alejándose de la vieja Europa, vuelve sus miradas al otro lado del Atlántico; a otras instituciones, a otras costumbres, a una sociedad completamente nueva, sin rey, sin aristocracia, sin iglesia oficial del Estado.

De semejantes contrastes de enfoque, tal vez, jamás se haya llegado a tanta armonía. Ambos aspiraban a un nuevo porvenir del mundo en un clima de libertad y de igualdad bajo el imperio de la ley y de una fraternidad bajo el sentimiento de la fe. Sin buscarlo y sin saberlo se habían acercado y unido en la edad adulta, en la madurez de la inteligencia y claridad del espíritu. Lacordaire consagrándose a la resurrección de la fe. Tocqueville a la fundación de la libertad política. Y en estas dos empresas, una misma bandera los iluminaba, un mismo fuego los encendía, la causa de una fe que fuera libre, y la de una libertad, que fuera piadosa bajo la ley. Esos dos sublimes poderes, a pesar de las apariencias contrarias, la fe religiosa y la libertad política, se hermanan por instinto en la verdadera democracia, para salvar la libertad sin sacrificar al hombre y proteger al hombre sin sacrificar su libertad.

Lacordaire después de agradecer su ingreso a la Academia comenzó su disertación ante un silencio conmovedor. "Tocqueville, señores académicos, ha muerto, antes de terminar su juventud. No ha tenido tiempo de vislumbrar su gloria. Se le admira por haber sido escritor, orador, hombre de estado. Sin embargo, si uno se detiene un instante a escuchar el eco de su memoria, surge una voz de la historia, llena de profética profundidad que nos dice haber sido uno de esos hombres soberanos del espíritu y de la inteligencia, gloria de Francia y de América. Las fallas de su siglo le fueron desconocidas. Todo cae a su alrededor sin que pueda confundirlo en sus caídas o hacerle honor a sus victorias. Ciudadano ardiente hasta el último día, se asomó al horizonte, entre las tinieblas de su época, para vislumbrar el porvenir. Al horizonte, donde la pasión del bien y de la justicia le cubría con su invulnerable escudo. Su alma antigua por la fidelidad a la monarquía, se debatía entre las olas de las opiniones contrarias. Llegó a amar y a defender los derechos de los pueblos, de gobernarse a sí mismos. Fue el ardoroso defensor de la libertad de pensamiento, de la palabra, de la conciencia. Hoy, servidores de una causa victoriosa o vencida, todos admiramos el genio de su visión. Su vista sobrepasaba el horizonte de su tiempo. Descubrió la grandeza y presintió los peligros de la naciente Democracia. Sobrepasó los límites donde se detenían sus contemporáneos. Y cuando más maduro y severo juzgó su época, sintió el gran dolor de descubrir que la causa liberal iba alejándose de la fe. No podía comprender que la libertad de conciencia pudiera convertirse en arma contra el cristianismo y que la Democracia desconociera el Decálogo. Con clara visión descubrió que el liberalismo de su tiempo se dirigía demasiado a una sola clase de hombres; a esa clase que había conquistado el poder arrancándoselo a la nobleza, a la clerecía, al trono mismo y que heredero único de tanta grandeza, olvidaba que debajo de ella ese mismo pueblo, liberado de tantos males, quedaba sin embargo prisionero de nuevas y gravísimas cadenas. No era suficiente que un pueblo dejara de ser esclavo, para seguir siendo servil; privado de los derechos políticos, a pesar de las leyes iguales para todos. Servidor más que ciudadano, encadenado a sus instintos, más que libre de espíritu. La división reinante y profunda que en otros tiempos había abierto un abismo, entre la nobleza de nacimiento con todo el resto del país, seguía existiendo bajo otras formas entre el nuevo pueblo y sus nuevos dictadores. La unidad moral de Francia carecía de un real fundamento. En el triunfo estrepitoso y deslumbrante de la burguesía francesa, Tocqueville no veía la última palabra del porvenir; y ante el avance de las multitudes interrogaba con inquietud a su conciencia y a la de todos sus conciudadanos. Amaba al pueblo pero lo sentía inculto. Respetaba en él la presencia del hombre y en el hombre exigía la presencia de una conciencia. Muy joven aún, entre los 25 y 30 años, cuando ya la revolución de 1830 había

derrumbado las bases de un gobierno monárquico y parlamentario se le encomendó la misión de ir a estudiar a los Estados Unidos de América los sistemas carcelarios recientemente inaugurados. Tocqueville que había asistido en su querida Francia a revoluciones de corte totalitario, a pesar de los gritos de libertad, igualdad y fraternidad, dirigió sus pasos y sus pensamientos hacia la única revolución democrática, de la que América era una maravillosa realidad. Encontró allí lo que tanto deseaba para Francia y el mundo. Su inteligencia profética descubrió los rasgos característicos de la Democracia Americana.

En la Democracia Americana la igualdad no va sola, está sustancialmente unida a la libertad civil, a la libertad política, a la libertad religiosa la más completa. Estos dos sentimientos son inseparables en el corazón del hombre americano, quien no concibe jamás la libertad sin la igualdad y la igualdad sin la libertad. Para la Democracia Americana la igualdad es la justicia y esta justicia radica en la ley y la ley tiene su razón de ser en los preceptos del Decálogo. Igualdad espiritual, e igualdad civil de los Derechos Humanos. Ambas igualdades habían abierto el horizonte donde desaparecen todas las distinciones de origen, para dejar de pie en medio de los hombres, la gloria laboriosa del mérito personal. Vio a los americanos tratar a la igualdad tan naturalmente como una virtud hereditaria, aceptada por todos, sincera y cordialmente.

Tocqueville resumía el espíritu americano en estas cualidades o más bien en estas virtudes: El espíritu del pueblo americano, escribía, tiene un respeto innato de la ley, ama a la igualdad con el mismo amor que ama a la libertad y coloca en la libertad civil, el fundamento de la libertad política. Mientras el americano cree en su alma, en su Dios, la Democracia europea, salvo nobles excepciones, no cree más que en la Humanidad, en una Humanidad que él mismo ha creado. La democracia europea no tiene fe. El americano concibe un hombre sin religión íntima, y a un ciudadano sin una religión pública. El demócrata europeo no comprende a un hombre que pueda orar en su corazón y menos aún a un ciudadano que pueda publicar su fe ante su pueblo". Así escribía Tocqueville en la primera edición de su libro sobre la Democracia en América en 1835. Al mismo tiempo anunciaba los peligros inminentes que amenazaban a la Democracia Europea. Veía en Francia que la libertad era muy joven y salvaje. Presentía que la demagogia le daría un golpe mortal. Estaba convencido, como Pompeyo en la víspera de la batalla de Farsalia, que no había más que golpear con los pies contra los muros para derrumbar a Roma, al Senado, a la República y a las invencibles legiones del César. Es necesaria una ciencia política para salvar la sociedad. Instruir a la democracia, educar sus instintos, reforzar sus creencias y adaptar su gobierno a los tiempos y a los hombres. Tocqueville

había escrito con la sagacidad de un filósofo, el alma de un ciudadano y la visión de un profeta. Su libro fue ilustrado y traducido en todos los idiomas. Hubiérase dicho que la humanidad lo esperaba y sin embargo Europa no le creyó. América era mal conocida. Los europeos no veían en la Democracia Americana más que el reinado de una demagogia grosera sobre un pueblo mediocre. Solo algunos aplaudían anticipadamente el éxito de sus utopías personales.

Tocqueville había puesto en su pluma el encanto infinito de una sincera claridad. Nada igual se había escrito hasta entonces. Creyendo en su causa, su espíritu se abandona al curso irresistible de sus tristes presentimientos. El ve la verdad y la teme, porque teme a los hombres. Sobrecogido por este presentimiento, busca tranquilizar su temores, investigando la causa del mal, y la encuentra en la ausencia de las cualidades esenciales del espíritu humano: la carencia de cultura y la carencia de fe. No cree que Francia, que había desconocido las condiciones de la libertad bajo dos monarquías, fuera capaz de servirla ni siquiera salvarla bajo una república. Cuando en 1848 se inaugura el sufragio universal y directo, Tocqueville entra en la Asamblea Constituyente. La república lo admitió en sus consejos y luego lo nombró ministro de Asuntos Extranjeros. En esta nueva faz de su existencia política, lleva un espíritu sin ilusiones. Cuando interrumpió su vida política, sus meditaciones fueron dirigidas hacia la sociedad europea y de allí nació su libro "el antiguo régimen y la revolución", su última obra. El primer estado de su alma había producido "La Democracia en América"; del segundo, nació su volumen sobre "El antiguo régimen y la revolución", libro menos brillante pero más severo que el primero.

Las heridas inferidas a la libertad, le habían llenado el alma de cicatrices. Quiso darse un consuelo y buscar una esperanza en el horizonte y escribió su último libro para demostrar a sus contemporáneos, que ellos seguían viviendo sin saberlo, bajo un régimen que creían haber destruido. Ese era el principal origen de las desilusiones. Aparentemente el pueblo había quedado libre; pero detrás de este escenario deslumbrante, la autocracia absoluta de la Administración Pública y la obediencia servil de todo un pueblo, dominaban la escena bajo la pluma ociosa e indiferente de cien mil escribas. Y preguntaba ¿sabéis quién inventó este mecanismo? ¿Quién ha creado este servilismo? No es la revolución; es el antiguo régimen. No son las conquistas del 89, es Luis XIV. Es Luis XV. No es el presente sino el pasado. Es el servilismo civil, el peor de todos, dando a una cabeza de oro unos pies de arcilla. Tal fue su testamento, la palabra suprema de sus pensamientos.

Tocqueville había comprendido que en las letras se encontraba el auxiliar poderoso de la causa, a la cual había con-



sagrado su vida. Veía en las letras, el bronce donde se graban los pensamientos que no mueren, porque ellos pertenecen a todos los tiempos y a todos los pueblos. La libertad podrá cambiar de lugar, de pueblo, de alma, si queréis; pero la inteligencia le seguirá dando vida. El había oído a Demóstenes defender la libertad de Grecia; a Cicerón abogar contra los designios parricidas de Catilina. Había oído a Platón dictar en su república, las leyes ideales de la sociedad; declarar que la justicia es el primer fundamento de la educación moral, el respeto a las leyes y el amor a la virtud. Admiraba a Zenón, el padre de la heroica posteridad, que sobrevivió a la fuerza y al poderío de Roma. Y si Horacio y Virgilio, bajo versos admirables, presentaban la imagen dolorosa de los poetas cortesanos, había encontrado en Lucano las huellas del coraje y de los dioses.

Lacordaire al terminar su disertación, se dirigió al espíritu de Tocqueville. “Desde este lugar donde yo hablo, hace poco tiempo era el vuestro. He podido señalar vuestros nobles pensamientos y uniros con aquellos ilustres pensadores que como vos buscaron esclarecer sus siglos y volcar en las generaciones inciertas, los destellos que conducen a sostener las instituciones y a defender las libertades, evitando los dos grandes peligros que las asedian: el peligro de darse un dictador y el peligro de querer gobernarse sin poder. Ninguno mejor que vos ha conocido las virtudes y descubierto los peligros de la naciente Democracia. Si Chateaubriand pudo decir en ocasión memorable que jamás había escrito una línea sobre las ruinas de la monarquía, vos hubiérais podido decir que jamás habéis escrito una sílaba sobre las ruinas de la libertad”.

Esta es la ley de las letras francesas. Misión que ellas deben cumplir para demostrar al mundo que el genio de Francia conduce a la libertad y la sirve. Todo aquello que se eleva a las regiones de la inteligencia, todo lo visible al genio de Pascal, toma carácter de algo grave y sagrado, que ilumina sin consumir, que muere sin destruir y que es a la vez el signo del poder y de la virtud.

Señoras y señores: Esta Academia como todas las otras Academias forma parte del Senado cultural de nuestra Patria y la representación profética de su porvenir. Y así como Torqueville fue el símbolo de la libertad y de la democracia magníficamente comprendida y analizada por el gran espíritu de Lacordaire, yo seré, me atrevo a decirlo, en medio de nosotros los académicos, el *símbolo de la libertad proclamada por nuestra Constitución y purificada por mi evangelio*, mientras la Democracia siga perfumando, como el sándalo, el hacha de sus leñadores.

---